

NO PUEDES SER UNA NIÑA TODA LA VIDA

Stanley Ellin

--Traducción de Mario Arrubla--

I.A. Editor, USA

NO PUEDES SER UNA NIÑA TODA LA VIDA / Stanley Ellin

© 2020, I.A. Editor, USA
672 Pratt Corner Road, Shutesbury, MA, USA.
Diseño y edición: Inés Arrubla
Traductor: Mario Arrubla
Todos los derechos reservados

NO PUEDES SER UNA NIÑA TODA LA VIDA

Fue el silencio lo que la despertó. No de repente –su esposo había dicho varias veces, entre burlón y envidioso, que ella dormía como un tronco– sino lentamente, saliendo desde un sueño profundo hasta la superficie de la conciencia, con los ojos cerrados, escuchando el rumor familiar de los ruidos nocturnos, preguntándose qué ruido particular la había sacado del sueño.

Luego oyó el crujido de una tabla en el piso –el tranquilizador crujido de una tabla bajo las pisadas de Tom que regresaba tarde– e imaginó lo ocurrido. Incluso cuando estaba a cien brazas de profundidad en el sueño debió haber percibido que Tom había entrado al cuarto, debió haber anticipado el clic de la lámpara de la mesita de noche, el firme sonido de pasos de la cama al closet, del closet al baño –la inquebrantable rutina que siempre culminaba con la inclinación de su esposo ante la cama y el susurro, “¿Dormida?”, y el suave gruñido de ella que respondía que sí, estaba dormida pero contenta de que él estuviera en casa, y por favor no fuera a quedarse el resto de la noche trabajando en esos papeles.

Así que él se encontraba ahora en el cuarto, pensó ella, pero por alguna razón no estaba siguiendo la rutina acostumbrada; en algún momento debió haberse silenciado, y eso fue lo que la despertó. Como en la época en que tuvieron el grillo, pobre criatura; durante una semana estuvo chirriando sin parar en las horas de la noche desde un rincón oculto de la casa hasta que ella se acostumbró a su chirrido. La noche en que murió, o se fue a hacer un capullo o lo que sea que hagan los grillos, ella estuvo despierta durante una hora tratando de oírlo, y durmió mal las noches siguientes hasta que se acostumbró a la desaparición del chirrido.

Pobre criatura, pensó adormilada, sin preocuparse por el silencio que se había producido pero esperando que la luz de la cama se encendiera, que los pasos se movieran tranquilizadores entre la cama y el closet. De alguna manera el pensamiento se convirtió en una serpiente que reptaba por su columna, que se enrollaba en su pecho, y que le decía, *Pobre criatura, pobre estúpida criatura –no es Tom en absoluto.*

Abrió los ojos en el momento en que la mano enguantada de un hombre le tapó brutalmente la boca. En ese momento ella vio la sombra muy grande del hombre, oyó el jadeo en su garganta, percibió el hálito agrio de licor. Luego ella mordió ferozmente la mano que la amordazaba, sus dientes hundiéndose en el guante, rechinando contra él. El hombre la golpeó con fuerza en pleno rostro con su otro puño. Ella quedó sin fuerzas, con la mitad de su cabeza por fuera de la cama. Él le dio un segundo puñetazo en el rostro.

Después de eso, la oscuridad la envolvió como un torbellino.

Ella miró las esferas pálidas que planeaban bajo el techo y observó con vago interés que se estaban convirtiendo en máscaras de facciones extrañamente invertidas, las bocas arriba, los ojos abajo. Las máscaras empezaron a moverse. Ahora eran rostros. El doctor Vaughn. Y Tom. Y una mujer. Alguien con un pequeño capirote blanco sobre su cabeza –una enfermera.

El doctor se inclinó hacia adelante, levantó su párpado con el pulgar, y ella descubrió que su rostro era una magulladura dolorosa. El médico retiró el pulgar y resopló. Como lo conocía bien, ella supo que era un resoplido de alivio.

Él dijo, “¿Sabes quién soy yo, Julie?”

“Sí”.

“¿Sabes lo que pasó?”

“Sí”.

“¿Cómo te sientes?”

Ella lo pensó. “Rara. Quiero decir, lejos. Y tengo un zumbido en los oídos”.

“Eso es por la inyección. Cuando te hicimos recuperar la conciencia tuviste un verdadero ataque de histeria, y te puse una inyección. ¿Lo recuerdas?”

“No”.

“Está bien. No te preocupes por eso”.

Ese olvido no la preocupaba. Lo que la preocupaba era no tener conciencia del tiempo. ¡Las cosas son tan irreales cuando se pierde la conciencia del tiempo! Volvió la cabeza hacia el reloj en la mesa de noche, y el doctor dijo, “Unos minutos después de las seis de la

mañana. Casi la hora de la salida del sol. Probablemente es la primera vez que vas a verla, supongo”.

Ella esbozó una sonrisa, tan amplia como su boca hinchada se lo permitía. “Vi una salida de sol el pasado Año Nuevo”, dijo.

Tom se aproximó por el otro lado. Se sentó en la cama y apretó fuertemente la mano de Julie. “Julie”, dijo. “Julie, Julie, Julie”; las palabras salían precipitadamente como surgidas de una fuerza explosiva.

Ella lo amaba y se compadecía de él por su emoción, y por el aspecto espantoso que tenía. Demacrado, sin afeitar, los ojos hundidos, resistiendo a fuerza de voluntad. Por causa de ella, pensó entristecida, todo por causa de ella.

“Estoy apenada”, dijo.

“¡Apenada!” Él le apretó la mano tan fuertemente que ella hizo un gesto de dolor. “¡Todo porque un lunático –un animal...!”

“¡Oh, por favor!”

“Yo sé. Yo sé que quieres olvidarlo, querida, pero todavía no debes. Mira, Julie, la policía ha estado esperando toda la noche para hablar contigo. Están seguros de que pueden encontrar al hombre, pero necesitan tu ayuda. Tendrás que describirlo, decirles lo que puedas sobre él. Después no tendrás que pensar más en ello. ¿Entiendes?”

“Sí”.

“Yo sabía que entenderías”.

Comenzó a ponerse de pie pero el médico le dijo, “No, quédate aquí con ella. Yo hablaré con la policía al salir. Tengo que salir, de

todos modos –estas largas noches en vela son muy pesadas para un viejo”. Se detuvo con la mano sobre el pomo de la puerta. “Cuando lo encuentren”, dijo con tono endurecido, “me gustaría...” –y dejó allí la frase, sabiendo que ellos entendían.

El hombre alto de cabello blanco con el traje arrugado era el teniente Christensen del departamento de policía. El hombre bajo y atildado con mostachos era Mr Dahl, de la oficina del fiscal del distrito. Por lo general, explicó Mr Dahl, él no tomaba parte personalmente en las investigaciones criminales, pero cuando correspondía –es decir, en casos como este– era preciso tomar medidas especiales. Todos debían colaborar sin reservas. Mrs Barton debía colaborar también. Por penoso que le resultara, ella debía responder las preguntas del teniente Christensen de manera franca y sin embarazos. ¿Lo haría así?

Julie vio que Tom la alentaba con un movimiento de cabeza. “Sí”, dijo ella.

Vio que el teniente Christensen extraía una libreta y un bolígrafo de su bolsillo. Cuando apretó un extremo del bolígrafo para hacer salir la punta, su gesto parecía el de alguien que estuviera apuñalando un insecto.

El teniente dijo, “Primero que todo, quiero que me cuente exactamente lo que pasó. Todo lo que usted pueda recordar al respecto”.

Ella le contó, y él tomó notas en la libreta, con el bolígrafo produciendo un áspero roce a cada trazo.

“¿Qué hora era?”

“No sé”.

“¿Qué hora aproximadamente? Cuánto más precisa sea la hora, tanto más fácil nos será comprobar las coartadas. ¿A qué hora se acostó?”

“A las diez y treinta”.

“Y Mr Barton llegó a casa hacia las doce, así que todo sucedió entre las diez y treinta y las doce”. El teniente miró su libreta, luego frunció los labios pensativo. “Ahora, una cosa todavía más importante”.

“¿Sí?”

“¿Reconocería usted al hombre si lo viera de nuevo?”

Ella cerró los ojos, tratando de dar forma a esa monstruosa sombra, pero sólo sintió terror. “No”, dijo.

“No parece tan segura al decirlo”.

“Pero estoy segura”.

“¿Cómo puede estarlo? Sí, yo sé que el cuarto estaba oscuro y todo lo demás, pero usted dijo que estaba despierta después de que lo oyó entrar. Eso significa que tuvo tiempo de adaptar sus ojos a la oscuridad. Y algún reflejo de la lámpara de la calle llega a la persiana de su ventana. Usted no podía ver muy bien en esas condiciones, quizás, pero veía algo. Es decir, lo suficiente para señalar al hombre si se presenta la ocasión. ¿No tengo razón?”

Julie, nerviosamente, pensó que él tenía razón y ella no, pero no podía hacer nada para cambiar eso. “Sí”, dijo, “pero no fue así”.

Dahl, el hombre de la oficina del fiscal del distrito, cambió de postura. “Mrs Barton”, comenzó a decir, pero el teniente Christensen lo silenció con un breve gesto de la mano.

“Ahora mire”, dijo el teniente. “Déjeme ponerlo de esta manera. Supongamos que tenemos a este hombre en un lugar donde usted pueda verlo de cerca, sin que él pueda verla a usted. ¿Imagina la escena? Él está allí al frente, pero ni siquiera sabe que usted lo está mirando. ¿No cree que le resultaría fácil reconocerlo?”

Julie advirtió que estaba desesperadamente ansiosa de darle la respuesta que él deseaba, de ver lo que él quería que viera; pero por más que trataba, no podía. Sacudió la cabeza desesperanzada, y el teniente Christensen suspiró hondo.

“Está bien”, dijo, “¿entonces hay algo que pueda decirnos sobre él? ¿Qué tan grande era? ¿Alto, bajo, mediano?”

La sombra se elevó ante ella. “Alto. No, no estoy segura. Pero creo que era alto”.

“¿Blanco o de color?”

“No sé”.

“¿De qué edad más o menos?”

“No sé”.

“¿Alguna particularidad en sus vestidos? ¿Algo que usted pudiera haber notado?”

Ella comenzó a sacudir de nuevo la cabeza, luego de repente recordó. “Guantes”, dijo, satisfecha de sí misma. “Llevaba guantes”.

“¿De cuero o de lana?”

“De cuero”. El sabor agrio del cuero estaba en ese momento en su boca. Se le revolvió el estómago.

El bolígrafo continuaba raspando, y el teniente levantó la mirada de la libreta, expectante. “¿Algo más?”

“No”.

El teniente frunció el ceño. “Eso no es de mucha ayuda, ¿verdad? Quiero decir, la forma en que lo cuenta”.

“Estoy apenada”, dijo Julie, y se preguntó por qué estaba tan pronta a pronunciar esa frase. ¿Qué era lo que *ella* había hecho para decir que se sentía apenada? Las lágrimas de autocompasión estaban a punto de brotar, y ella atrajo la mano de Tom hacia su pecho, volteando a mirarlo en busca de consuelo. Vio con dolorosa sorpresa que él la estaba mirando con la misma expectativa del teniente.

El otro hombre –Dahl– le hablaba.

“Mrs Barton”, decía, y de nuevo “Mrs Barton”, hasta que ella giró el rostro hacia él. “Sé cómo se siente, Mrs Barton, pero lo que tengo que decirle es terriblemente importante. ¿Quiere escucharme, por favor?”

“Sí”, dijo ella como atontada.

“Cuando hablé con usted a la una de la mañana, Mrs Barton, usted se encontraba en un estado... Bien, entienda que yo no quería molestarla. Yo estaba actuando en su favor. De hecho, en favor de toda la comunidad”.

“No recuerdo. No recuerdo nada de eso”.

“Ya veo. Pero usted ahora entiende, ¿no es verdad? ¿Sabe que ha habido una serie de estos ultrajes en la comunidad en los últimos años, y que la administración y la prensa están ejerciendo mucha presión –con toda la razón, naturalmente– sobre mi oficina y sobre el departamento de policía para que se haga algo?”

Julie dejó caer la cabeza en la almohada, y cerró los ojos. “Sí.

Si así lo dice”.

“Así lo digo. Y también digo que nosotros no podemos hacer mucho a menos que la parte ultrajada –la víctima– nos ayude en todas las formas posibles. Ahora, ¿por qué la víctima suele no hacerlo? ¿Por qué se niega a menudo a identificar al criminal o testimoniar contra él en casos como este? ¿Acaso porque teme la publicidad? ¿O porque la mujer teme que el hombre en el estrado de los testigos pueda decir que ella lo alentó en alguna forma? A mí no me importa cuál sea la razón, iel hecho es que esa mujer es culpable de dejar una bestia suelta entre sus vecinos desamparados!

“Mire, Mrs Barton. Yo le garantizo que el hombre que hizo esto tiene un récord de policía, con la clase de ofensas que ha cometido –bien, ni siquiera me gustaría mencionarlas delante de usted. Hay ahora mismo una docena de personas en la oficina central examinando todos esos récords y cuando encuentren el que corresponde, ello nos conducirá directamente al hombre. Pero después de eso usted es la única persona que puede ayudarnos a librarnos definitivamente de él. Quiero que me diga ahora mismo que está dispuesta a prestarnos esa ayuda cuando llegue el momento. Es su deber. Usted no puede evadirlo”.

“Lo sé. Pero yo no lo vi”.

“Usted vio más de lo que cree, Mrs Barton. Ahora, no me entienda mal, porque no estoy diciendo que usted deliberadamente esté ocultando cosas, o algo así. Usted sufrió un terrible shock. Desea olvidarlo, borrarlo por completo de su mente. Y eso es lo que va a ocurrir, si sigue por ese camino. Así, sabiendo eso, y entendiendo la

importancia de que eso no ocurra, ¿cree que podría describir ahora más exactamente al hombre?”

Quizás ella se había equivocado sobre Tom, pensó, recordando la manera como lo vio mirándola. Abrió los ojos esperanzada y lamentó amargamente haberlo hecho. Tom mantenía su expresión de expectación irritada, y ahora se inclinó hacia adelante mirándola como si ella pudiera dar la respuesta correcta gracias a un acto de fuerza de voluntad. Y ella sabía que eso no era posible. Se le saltaron las lágrimas, y empezó a sollozar; luego, mágicamente, un pañuelo apareció en su mano. Había olvidado a la enfermera. El rostro de la mujer se acercaba invertido desde detrás de la cama, y ella sintió un extraño consuelo ante esa imagen. Todos esos hombres en el cuarto –incluido su esposo– se habían convertido en extraños después de lo que le había ocurrido. Era bueno tener a una mujer al lado.

“¿Mrs Barton?” La voz de Dahl sonaba inesperadamente áspera, y Tom se volvió sorprendido hacia él. Dahl debió haber percibido la alarma implicada en el gesto de Tom, que Julie también advirtió, en su caso con un sentimiento de gratitud; cuando Dahl habló su voz se había suavizado. “Mrs Barton, permítame plantearle el asunto de manera clara. Déjeme mostrarle la situación que estamos enfrentando.

“Un hombre peligroso anda al acecho. Parece que usted piensa que estaba borracho, pero no estaba tan borracho como para no saber exactamente dónde podía encontrar una víctima que estuviera sola y desprotegida. Probablemente había rondado el lugar durante semanas, y sabía que el hombre de la casa a menudo trabajaba hasta tarde en su oficina. Y sabía también cómo penetrar en la casa.

Produjo raspaduras en el alféizar de esa ventana, por la que entró.

“No vino a robar –tuvo la oportunidad para ello pero ese no era su interés. Estaba interesado en otra cosa, en una sola cosa exactamente”. De manera sorpresiva, Dahl caminó hacia el tocador y levantó la foto de matrimonio enmarcada. “Esta es usted, ¿no?”

“Sí”, dijo Julie perpleja.

“Usted es una joven muy bonita”. Dahl volvió a poner la foto en su lugar, tomó del tocador un espejo de mano y se acercó a ella. “Ahora voy a mostrarle cómo se ve una bella joven después de que ha tratado de resistirse a un hombre como ese”. De repente puso el espejo ante Julie, y ella se encogió con horror ante la imagen reflejada.

“¡Oh, no!”, casi gritó.

“Usted no tiene que preocuparse”, dijo Dahl, severo. “Según el doctor, usted curará muy bien en poco tiempo. Pero hasta entonces, ¿no verá a ese hombre con toda claridad cada vez que mire su propia imagen en el espejo? ¿No será capaz de señalarlo, y con la mano puesta sobre la Biblia jurar que fue él?”

Ella ya no estaba segura. Lo miró desconcertada, y él abrió los brazos y dijo a manera de conclusión. “Usted lo reconocerá cuando lo vea de nuevo, ¿no es verdad?”

“Sí”, dijo ella.

Pensó que la dejarían sola después de eso, pero no fue así. El mundo tenía asuntos que resolver con ella, y no había manera de mantenerlo lejos. El timbre de la puerta sonaba continuamente, el teléfono

repicaba en el pasillo, dejaba de sonar cuando alguien contestaba, y luego volvía a sonar. Hombres de rostros duros –oficiales de policía– eran introducidos en el cuarto por Tom. Solemnemente inspeccionaban el cuarto, luego iban a un rincón y se ponían a cuchichear. Tom los conducía afuera, y regresaba a su lado. No tenía nada que decir. Simplemente se sentaba allí, tenso e impaciente, esperando que el timbre o el teléfono sonaran de nuevo.

Raras veces se apartaba de ella, y Julie, mirándolo, se sentía cada vez más inquieta por eso. Ella lo mantenía alejado de su trabajo, lo distraía de la cosa que a él más le importaba. Ella ignoraba casi todo sobre los negocios de él, pero sabía que había estado trabajando durante meses en algo muy grande –el negocio que había sido la causa de que ella pasara tantas noches solitarias en casa–, y ¿qué pasaría con ese negocio si él continuaba faltando a la oficina? Llevaba sólo dos años de casada, pero ya estaba al tanto de los deberes de la esposa de un hombre de negocios. Como se dice, los problemas caseros van y vienen, pero los Negocios permanecen. A ella usualmente le molestaba esa idea, pero ahora le importaba. Tom debería ir a la oficina, ella le cerraría la puerta a todo el mundo, y la vida recuperaría su continuidad.

Pero cuando ella, vacilante, tocó el tema, él se encogió de hombros. “El negocio se dañó, de todos modos. Fue una total pérdida de tiempo. Eso era lo que venía a decirte cuando llegué a casa y te encontré en ese estado. Fue una imagen terrible”. La miró, sus ojos vidriosos por la fatiga. “¡Qué imagen!”

Y se sentó de nuevo allí a esperar el sonido del timbre de la puerta o del teléfono.

Cuando él salía, estaba alguna de las enfermeras. Miss Shepherd, la enfermera de noche, era taciturna. Miss Waldemar, la enfermera de día, hablaba hasta por los codos.

Decía, “Oh, se necesita toda suerte de gente para formar este pequeño mundo, se lo aseguro. Bajan la velocidad cuando pasan con sus autos frente a la casa, y pisotean el prado. No sé qué es lo que esperan ver. Son mentes retorcidas, eso es todo, y serían los primeros en tildar de mentiroso a quien les dijera lo que son. ¿Qué pasa, querida? Parece que no se siente bien”.

“Estoy muy bien, gracias”, decía Julie. Era incapaz de decirle a Miss Walderman que por favor se callara o la dejara sola. Hay muchos que pueden hacerlo, pero era gente a la que no le importaba herir los sentimientos de otros. Eso a Julie le importaba mucho.

En otra ocasión, Miss Waldemar dijo, “Si me preguntaran de quién es la culpa, respondería de inmediato que de los periódicos. Me parece muy bien que el doctor no la deje leer los periódicos, porque convirtieron esto en una fiesta. Uno pensaría que está el problema de Rusia y otros muchos temas de que deberían ocuparse, pero no, lo que quieren es un titular bien llamativo para la primera página. Todo por el dinero, eso es lo que buscan. Dinero, dinero, dinero, y a nadie le preocupa que los niños queden boquiabiertos ante los titulares y se imaginen ciertas cosas a su edad.

“Eso le dije ayer a uno de esos reporteros, cara a cara. Acababa yo de salir de la casa cuando el tipo se me acerca, con el mayor descaro, y me pide que le consigna una foto de usted. ¡Róbese una, por favor! Ahora están usando la foto del anuario de high school; supongo que quieren algo como esa foto grande del tocador. Y no

crea que el tipo la quiere regalada; no, iofrece cincuenta dólares por ella! Bueno, era la oportunidad de decirle dos o tres cosas, y no crea que no la aproveché. ¿Tiene sueño, cariño? ¿Quiere hacer una siesta?”

“Sí”, dijo Julie.

Sus padres llegaron. Ella había estado ansiosa de verlos, pero cuando Tom los introdujo en el cuarto el entusiasmo se desvaneció. Tom siempre había despreciado la inutilidad de su suegro –la indefensión que denotaba su aspecto– y nunca había tratado de ocultar su desprecio. La madre de Julie, que al principio puso el reparo de que Tom era muy viejo para Julie –él tenía treinta y ella dieciocho cuando se casaron– últimamente había arreciado en sus críticas hasta el punto de decirle que era un bravucón abusivo, acusación que él recibió como una declaración de guerra.

Julie reconocía que ella tenía la culpa de este desdichado asunto. Tom, que en ciertas cosas era tan quisquilloso como una solterona, se había enfurecido con ella por no revisar los bolsillos de sus chaquetas antes de enviarlas a la tintorería, y como en ese momento era más la hija de su madre que la mujer de su marido, le contó el episodio a su madre llorando por el teléfono. Nunca más cometió un error parecido, pero el daño estaba hecho. Después de eso su esposo y sus padres formaron dos campos hostiles, mientras ella cumplía entre ellos el papel de inútil emisario.

Ahora, cuando entraron al cuarto, Julie pudo sentir que el aire se cargaba con su mutua hostilidad. Ella había tenido la esperanza de que su terrible experiencia pudiera cambiar las cosas, pero con

dolor en el corazón vio que ese no era el caso. Ello demostraba, pensó resignada, que ellos se odiaban entre sí más de lo que la querían a ella. E inmediatamente se avergonzó de ese pensamiento.

Su padre agitó débilmente la mano a modo de saludo, y se quedó ahí parado, mirándola, tan fuera de lugar como un perro extraviado. Fue un alivio cuando sonó el timbre de la puerta y su padre salió detrás de Tom para ver quién era. Su madre tenía los ojos enrojecidos e hinchados; mantenía un pequeño pañuelo húmedo apretado contra la nariz. Se sentó en la cama al lado de Julie y le palmoteó la mano.

“Es horrible, querida”, dijo. “Muy horrible. Ahora ves por qué me opuse a que compraran esta casa aquí, lejos de todo. ¿Cómo estás?”

“Bien”.

“Hubiéramos venido antes si no fuera por la abuela. No queríamos que ella se enterara, pero un vecino entrometido fue y le dijo. Y tú sabes cómo es ella. Quedó postrada. El doctor Vaughn estuvo con ella durante una hora”.

“Lo siento”.

Su madre le palmoteó la mano nuevamente. “Ella se va a poner bien. Ya te enviará una tarjeta cuando se levante”.

Su abuela siempre enviaba tarjetas de saludo en toda ocasión posible. Julie se preguntó desazonada qué tipo de tarjeta consideraría adecuada para esta ocasión.

“Julie”, dijo su madre, “¿quieres que te peine?”

“No, gracias, madre”.

“Pero tienes todo el pelo enredado. ¿No hacen nada estas enfermeras por su paga? ¿Y dónde tienes tus gafas oscuras, querida? Las

que usas en la playa. No sería malo usarlas hasta que esos moretones desaparezcan”.

Para Julie, fue como si una nube de trivialidades amenazara lanzarse sobre ella como mosquitos. “Por favor, madre”.

“Okey, no voy a armar un problema por eso. Voy a dejar una lista de cosas para las enfermeras cuando me vaya. De todos modos, hay una cosa mucho más importante de la que quiero hablarte, Julie. Quiero decir, ahora que papá y Tom no están presentes. ¿Te parece bien que lo haga?”

“Sí”.

Su madre se inclinó hacia adelante con expresión tensa. “Es sobre... sobre lo que sucedió. Sobre cómo te podrás sentir ahora con Tom. Porque, Julie, no importa cómo puedas sentirte, él es tu esposo, y tienes que recordar eso siempre. Yo lo respeto porque es tu esposo, y tú también debes hacerlo, querida. Hay ciertas cosas que una mujer le debe a su marido, y sigue debiéndoselas incluso después de algo tan horroroso como lo que te pasó. Es tu obligación como esposa. ¿Por qué me miras en esa forma, Julie? Tú entiendes lo que quiero decir, ¿no es verdad?”

“Sí”, dijo Julie. Sintió un estremecimiento ante la intuición repentina de la vida de pareja de sus padres. “Pero por favor no hables de eso. Todo irá bien”.

“Yo sé que irá bien. Si somos capaces de mirar nuestros problemas de frente, nunca nos podrán hacer daño, ¿verdad? Y, Julie, antes de que Tom vuelva quiero decirte otra cosa. Es sobre él”.

Julie se puso alerta. “¿Sí?”

“Es algo que dijo. Cuando llegamos papá y yo, hablamos un momento con él. Bueno, tú te imaginas de qué hablábamos, y en mitad de todo Tom dijo de la manera más casual –quiero decir, como si estuviera hablando del tiempo o algo así– que cuando cogieran al hombre él lo iba a matar. Julie, eso me asustó. Tú conoces su carácter colérico, pero en este caso no se trataba de cólera ni nada parecido. Fue una fría declaración de hecho. Él iba a matar al tipo, y eso era todo. Lo dijo en serio, Julie, y tú debes hacer algo al respecto”.

“¿Hacer qué?”, Julie dijo perpleja. “¿Qué puedo hacer yo?”

“Debes hacerle comprender que ni siquiera él debería hablar en esa forma. Todos sentimos lo mismo que él –todos quisiéramos ver a ese monstruo muerto y enterrado. Pero no es a Tom a quien corresponde matarlo. Podría meterse en un gravísimo problema si hace eso. ¿Acaso no ha habido ya suficientes problemas para todos nosotros?”

Julie cerró los ojos. “Sí”, dijo.

El doctor Vaughn vino y la hizo caminar por el cuarto. Dijo, “Debo reconocer que te ves muy guapa con esas gafas oscuras. ¿Pero para qué son? ¿Te molestan los ojos?”

“No”, dijo Julie. “Simplemente me siento mejor con ellas”.

“Eso pensé. Hacen que te veas mejor a los ojos de la gente, y hacen que la gente se vea mejor a tus ojos. Digamos, es una buena idea. Tal vez toda la raza humana debería usar gafas permanentemente. Sería mucho mejor para sus hígados que el alcohol, ¿no es verdad?”

“No sé”, dijo Julie. Se sentó en el borde de la cama, arrebujada en su bata, con las mangas cubriendo sus manos entrelazadas, al estilo

mandarín. Sus manos estaban tan frías que le parecía que nunca volverían a calentarse. “Quiero preguntarle algo”.

“Muy bien. Pregunta”.

“No debería, porque es probable que usted se ría de mí, pero no me importa. Es sobre Tom. Le dijo a mi madre que cuando cogieran al hombre, él lo iba a matar. Supongo que Tom solamente... quiero decir, Tom en realidad no haría una cosa así, ¿verdad?”

El doctor no se rio. Dijo en tono grave, “Yo creo que él podría tratar de hacer exactamente eso”.

“¿Matar a alguien?”

“Julie, no te entiendo. ¿Cuánto hace que estás casada con Tom?”

“Dos años”.

“¿Y alguna vez en esos dos años lo has oído decir que va a hacer algo que no haga tarde o temprano?”

“No”.

“Yo apostaría eso. No porque conozca muy bien a Tom, no digo eso, sino porque crecí con su padre. Cada vez que miro a Tom, veo de nuevo a su padre. Con su orgullo luciferino, era como si estuviera cargado de pólvora, y su temperamento colérico parecía perfectamente capaz de activar el disparador. Y un tipo reprimido. Definitivamente reprimido. Tom lo es también. Es difícil no serlo, cuando uno tiene que esforzarse todo el tiempo para mantener el dedo apartado del gatillo. Para serte franco, Julie, ninguno de los Bartons me ha parecido una persona equilibrada. Creo que si alguien le da a uno de ellos suficientes motivos para matar, con seguridad matará. Y Tom tiene un revólver, ¿verdad?”

“Sí”.

“Bueno, no tienes que asustarte así”, dijo el doctor. “Habría sido mucho peor si no estuviéramos sobre aviso. Ahora, yo puedo hablar con Christensen y él no le quitará el ojo a tu precioso marido hasta que tu agresor, que debe ser culpable de otros crímenes, esté sentado en la silla eléctrica. De todas maneras, una bala es algo demasiado suave para una bestia así”.

Julie apartó la cabeza y el doctor le puso un dedo en el mentón haciendo que volviera el rostro hacia él. “Mira”, dijo, “yo haré todo lo posible para que Tom no se meta en problemas. ¿Confías en mi palabra?”

“Sí”.

“Entonces qué es lo que te perturba? ¿Eso que dije de sentar al hombre en la silla eléctrica?”

“Sí. Yo no quiero oír eso”.

“¿Pero por qué? ¡Tú, precisamente, Julie! ¿No has estado rezando para que lo encuentren? ¿No lo odias suficientemente como para desear verlo muerto?”

Fue como darle vuelta a la llave que abría todo el sufrimiento de Julie.

“¡Lo odio, sí!”, dijo con desesperación. “¡Lo odio y quiero que lo encuentren! Pero Tom no lo cree. Ahí está el problema, ¿me entiende? Él cree que a mí no me importa tanto como a él. Él cree que yo simplemente quiero olvidarme del asunto, sea que cojan o no al hombre. No lo dice así, pero lo sé. Y eso lo pudre todo; eso me hace sentir a la vez avergonzada y culpable. Nada puede cambiar eso. Incluso si

matan cien veces al hombre, será siempre así”.

“No tiene que ser así”, dijo el doctor severo. “Julie, ¿por qué no usas la cabeza? ¿No comprendes que Tom está sintiendo una culpa más profunda que la tuya? ¿Que subconscientemente se siente en falta por no haberte protegido de lo que sucedió? Ahora está reaccionando como un macho ultrajado. Quiere venganza. Quiere un arreglo de cuentas. Y, Julie, ese sentimiento de culpa es el que los está destrozando a los dos.

“¿Sabes qué significa eso? Significa que tú tienes una tarea que cumplir. La tarea más dura. Cuando la policía le eche mano al hombre tendrás que identificarlo, testimoniar contra él, enfrentar cámaras y periodistas, caminar entre turbas de estúpidos que quieren echarte una mirada de cerca. Sí, será así de desagradable. No te imaginas la excitación que ha producido este asunto; hasta ahora has sido mantenida aparte. Pero pronto vas a tener la oportunidad de verlo por ti misma. Esa es la prueba que te espera. Si tratas de evadirla, probablemente vas a arruinar tu matrimonio tarde o temprano. Eso es lo que debes tener en mente, no esa idea absurda de que nada puede cambiar las cosas”.

Julie permaneció sentada viéndose a sí misma con cierta distancia, mientras el frío de las manos se extendía a los brazos, poniéndole la carne de gallina. Dijo, “Cuando era una niña, lloraba por el solo hecho de que alguien me señalara con el dedo”.

“No puedes ser una niña toda la vida”, dijo el doctor.

Cuando llegó el día, Julie se dio fuerzas a sí misma recordando esa

frase. Sentada en el auto oficial entre Tom y el teniente Christensen, protegida de la curiosidad pública por unas gafas oscuras y por el cuello del abrigo vuelto hacia arriba, los ojos cerrados, los dientes apretados, se la repitió a sí misma una y otra vez como un Avemaría –hasta que se convirtió en un susurro tranquilizador que daba vueltas en su mente de manera interminable.

El teniente Christensen dijo, “El hombre es un portero de uno de esos edificios de apartamentos a unas cuadras de la casa. Un borracho y un degenerado. Ha sido detenido varias veces por cargos morales, pero nada parecido a esto. Esta vez se metió en un lío del que no le alcanzará la vida para zafarse. No con alegatos de locura, ni nada por el estilo. Lo tenemos bien cogido”.

“No puedes ser una niña toda la vida”, pensó Julie.

“Llegamos, Mrs Barton”, dijo el teniente.

El auto se detuvo ante una puerta lateral de la comisaría, y Tom condujo a Julie por entre un enjambre de fotógrafos que la asediaban voceando su nombre, y que se quedaron golpeando la puerta cuando se cerró ante ellos. Ella mantenía apretada la mano de Tom cuando el teniente los condujo a través de largos corredores, con otros hombres uniéndose a ellos en el camino, hasta que llegaron a otra puerta donde Dahl estaba esperando.

Dijo, “Esto tomará un minuto, Mrs Barton, y habremos superado el principal obstáculo. Todo lo que usted tiene que hacer es mirar al hombre y decirnos sí o no. Eso es todo. Y las cosas están dispuestas de tal manera que él no pueda verla a usted. Usted no tiene nada que temer de él. ¿Entiende?”

“Sí”, dijo Julie.

De nuevo se sentó entre Tom y el teniente Christensen. La plataforma ante ella estaba brillantemente iluminada; todo lo demás estaba sumido en la oscuridad. Había hombres que se movían sin cesar como sombras en torno a ella, uno de ellos tosió. El rostro afilado de Dahl y sus estrechos hombros se perfilaron de repente contra la plataforma, luego desaparecieron cuando se sentó frente a Julie. Ella notó que cada vez le resultaba más difícil respirar; era imposible tomar suficiente aire para llenar los pulmones en ese oscuro recinto. Se esforzó por respirar más hondo, haciendo como acostumbraba en los ejercicios de gimnasia en la escuela. *Dentro-un-dos-tres. Fuera-un-dos-tres.*

Una puerta sonó cerca. Tres hombres entraron caminando en la plataforma, y se pararon al frente. Dos de ellos llevaban uniformes de policía. El tercer hombre –al que ellos flanqueaban– era alto y cadavérico, y llevaba un suéter roto y unos pantalones manchados. Su rostro era flácido, su enorme mano tanteaba de acá para allá en torno de su boca. Julie trató de apartar los ojos de esa mano, pero no pudo. Iba de un lado para otro, fascinándola con su movimiento ciego, sin objeto.

Uno de los uniformados sacó una hoja de papel.

“Charles Brunner”, leyó en voz alta. “Edad, cuarenta y uno. Arrestos...”, continuó leyendo hasta que de pronto se hizo el silencio; pero la mano seguía tanteando de acá para allá, haciéndose cada vez más grande a los ojos de Julie. Ella, sin que ello la alarmara, se sintió a punto de desmayarse. Se inclinó hacia delante, su cabeza

se descolgó, entonces algo frío fue puesto contra su nariz. Vapores de amoníaco ardieron en las ventanas de su nariz y ella retiró la cabeza, respirando entrecortadamente. Cuando el teniente le acercó de nuevo el frasco, ella lo rechazó con la mano débilmente.

“Estoy bien”, dijo.

“Pero se asustó al verlo, ¿no es verdad?”

“Sí”

“Porque lo reconoció, ¿no?”

Ella se preguntó si tal era el caso. “No estoy segura”.

Dahl se inclinó hacia ella. “Usted no puede decir eso, Mrs Barton. Usted me dio su palabra de que lo reconocería cuando lo viera. ¿Por qué se echa para atrás ahora? ¿De qué tiene miedo?”

“Yo no tengo miedo”.

“Sí, tiene miedo. Estuvo a punto de desamayarse cuando lo vio. Porque, por más que usted quiera apartar al hombre de su mente, sus emociones se lo impiden. Sus emociones no se lo permiten. Esas emociones le están diciendo la verdad, ¿no?”.

“Yo no sé”.

“Entonces mire de nuevo al hombre y vea qué pasa. Vamos, eche otra mirada”.

El teniente Christensen dijo, “Mrs Barton, si nos deja en la estacada ahora, tendrá que salir usted misma a decírselo a los periodistas. Han estado acosándonos como lobos sobre este asunto, y por una vez en mi vida me gustaría que conocieran los obstáculos que enfrentamos en nuestro trabajo”.

Los dedos de Tom agarraron su hombro. “Yo no entiendo, Julie”, dijo. “¿Por qué no puedes decirlo? Él es el hombre, ¿verdad?”

“¡Sí!”, dijo ella, y se tapó los oídos con las manos para ahogar el clamor de voces de rabia y odio a su alrededor. “¡Sí! ¡Sí!”

“Gracias a Dios”, dijo el teniente Christensen.

Luego Tom se puso en movimiento. Se paró, con algo metálico brillando en su mano, y Julie gritó cuando el hombre que estaba detrás de ella se lanzó sobre Tom. Las luces se encendieron de repente en el cuarto. Otros hombres saltaron sobre Tom entre un ruido de sillas; la lucha continuó y el tumulto se fue desplazando sin parar hacia la plataforma. Ya no había nadie en ella cuando al final Tom quedó tendido en el piso aplastado bajo el peso de muchos cuerpos.

Dos de los hombres, con aire de disculpa, lo pusieron de pie, pero continuaron sujetándolo firmemente. Otro hombre entregó el revólver al teniente Christensen, y Tom hizo un gesto de asentimiento resignado. Tenía el cabello revuelto y respiraba con fuerza, pero parecía extrañamente sereno.

“Me gustaría que me lo devolviera, si no le importa”, dijo.

“Sí me importa”, dijo el teniente. Abrió el revólver, sacó las cápsulas del tambor, y luego, para alivio de una temblorosa Julie, metió el revólver y las balas en su bolsillo. “Mr Barton, usted se encuentra en este momento en un estado en que si lo acusáramos de intento de asesinato, no lo negaría, ¿verdad?”

“No”.

“¿Ve lo que quiero decir? Ahora, ¿por qué no se calma y nos deja

a nosotros manejar este asunto? Hasta aquí lo hemos hecho todo bien, ¿no es verdad? Y después de que Mrs Barton atestigüe en el juicio, es como si Brunner estuviera muerto, y usted puede olvidarse de él”. El teniente miró a Julie. “¿Eso es correcto, ¿verdad?”

“Sí”, susurró Julie fervorosamente.

Tom sonrió. “Quisiera mi revólver, por favor”.

El teniente permaneció un momento en silencio, luego se llevó la mano al bolsillo donde había puesto el revólver como para asegurarse de que estaba todavía allí. “En otro momento”, dijo con tono decidido.

Los hombres que tenían cogido a Tom lo soltaron; él se tambaleó hacia delante y se apoyó en ellos. De repente se puso mortalmente pálido, pero la sonrisa en su rostro continuaba cuando se dirigió al teniente.

“Sería bueno que llamara a un doctor”, dijo serenamente. “Creo que sus gorilas me quebraron una pierna”.

Durante el tiempo que estuvo en el hospital, se mantuvo callado y reservado. El día que fue llevado a casa atendiendo su insistencia, con la pierna enyesada desde el tobillo hasta la rodilla, el doctor Vaughn sostuvo una larga conversación con él, los dos solos detrás de la puerta cerrada de la sala. El doctor se debió haber expresado de manera libre y firme. Cuando se fue, Julie se armó de coraje para entrar en la sala y encontró a su esposo en el sofá mirándola con la expresión de un hombre que ha tragado a la fuerza una amarga medicina y todavía no tiene claro si le servirá o no.

Luego palmoteó el asiento del sofá a su lado. “Hay espacio suficiente para los dos, y para esta pierna”, dijo.

Ella se sentó, obediente, entrelazando las manos en su regazo.

“Vaughn me ha dicho claramente lo que piensa”, dijo Tom de repente. “Está bien que lo haya hecho. Tú has pasado por una experiencia terrible, y yo no he sido de ninguna ayuda para ti, ¿verdad? Todo lo que he hecho es empeorar las cosas. Me he estado engañando a mí mismo, también. Diciéndome que todo lo que he hecho desde que ocurrió el asunto era por consideración a ti, y en realidad todo el tiempo lo único que me ha importado son mis propios sentimientos. ¿No es así?”

“Yo no sé”, dijo Julie, “y no me importa. No me importa mientras tú me hables como ahora. La única cosa que no puedo soportar es que no me hables”.

“¿Ha sido tan duro?”

“Sí”.

“Tú no entiendes lo que me ocurría. Era algo que me carcomía por dentro. Pero ahora ya pasó, te lo juro. ¿Tú me crees, verdad, Julie?”

Ella vaciló. “Sí”.

“Detrás de esas gafas oscuras, no puedo saber si lo dices de verdad. Quítatelas, y déjame ver”.

Julie se quitó las gafas y él gravemente estudió su rostro. “Creo que lo dices de verdad”, concluyó. “Un rostro tan bello no podría mentir, posiblemente. ¿Pero para qué sigues usando esas gafas? Ya no quedan marcas”.

Ella se volvió a poner las gafas y el mundo recuperó su tono atenuado y tranquilizadamente familiar.

“Simplemente me gustan”, dijo. “Me acostumbré a ellas”.

“Bueno, si el doctor no pone objeciones, yo tampoco. Pero si las usas porque quieres parecer exótica y peligrosa, te equivocas. Te pareces demasiado a Dulce Alice. No puedes evitarlo”.

Ella sonrió. “En realidad, no me da miedo verte fruncir el ceño”.

“Sí, te da miedo, pero eso me gusta. Eres exactamente como debió de haber sido Dulce Alice. Traviesa, pero recatada. Esa es la palabra: recatada. Mi mujer es la única esposa recatada del mundo. Complaciente, pero fría y remota. Una hermosa dama envuelta en celofán. No entiendo por qué no te fuiste de monja”.

Se sentía dichosa. Hacía tanto tiempo que no lo veía de ese ánimo. “Casi lo hice. Cuando estaba en la escuela lo pensé varias veces. Conocí a una muchacha –bueno, era realmente una magnífica persona– que ya lo tenía decidido. Creo que la idea me vino de ella”.

“¿Y qué pasó después?”

“Tú sabes lo que pasó”.

“Sí, todo vuelve en el recuerdo. Fuiste a tu primer baile del Country Club vestida con un hermoso traje blanco, con polvo de estrellas en el pelo—“

“Eran lentejuelas”.

“No, polvo de estrellas. Y te vi. Y lo que enseguida recuerdo es que estábamos en México, en luna de miel”. Puso su mano en torno

de la cintura de ella, y ella se relajó bajo el contacto. “Julie, cuando este mal sueño termine, iremos allí de nuevo. Meteremos las maletas en el auto y viajaremos al sur de la frontera, y olvidaremos todo. ¿Te gustaría, ¿no es verdad?”

“Oh, muchísimo”. Lo miró esperanzada, y recostó la cabeza contra el hombro de él. “Pero nada de corridas de toros, por favor. No esta vez”.

Él se rio. “Okey, cuando yo vaya a una corrida, tú irás a conocer lugares. El resto del tiempo estaremos juntos. Que siempre que yo mire estés al alcance de mi vista. Y no más lejos que ahora. Que pueda extender mi mano y tú estés siempre allí. ¿Está claro?”

“Allí estaré”, dijo ella.

De modo que lo había reencontrado, se dijo a sí misma, y utilizó esa seguridad para combatir cualquier escrúpulo en relación con Brunner y el juicio inminente. Nunca le mencionó a Tom estos ocasionales pensamientos, y llegó a notar que había una conspiración entre todos los que entraban en la casa –sus familiares y amigos, el doctor, incluso extraños relacionados con Tom por negocios– para evitar cualquier referencia al tema de Brunner. Hasta una noche en que, después de que había persuadido a un intranquilo Tom para que durmiera, el timbre de la puerta sonó una y otra vez con desesperante insistencia.

Julie atisbó por la mirilla y vio que la persona que estaba afuera era un hombre de mediana edad y aspecto fatigado, con una gastada cartera de cuero bajo el brazo. Abrió la puerta con disgusto y dijo, “Por favor, no llame en esa forma. Mi esposo no está bien, y está

dormido. Y no queremos comprar nada”.

El hombre dio unos pasos dentro del vestíbulo antes de que ella pudiera detenerlo. Se quitó el sombrero y la miró de frente. “No soy un vendedor, Mrs Barton. Mi nombre es Karlweiss. Doctor Lewis Karlweiss. ¿No le suena familiar?”

“No”.

“Debería. Hasta las tres de esta tarde estuve a cargo del hospital de la ciudad para desórdenes mentales. Ahora soy un hombre sin trabajo y con una reputación arruinada. Y con suficiente rabia y miedo, Mrs Barton, para intentar hacer algo al respecto. Por eso estoy aquí”.

“No veo qué tiene que ver eso conmigo”.

“Va a verlo. Hace dos años Charles Brunner fue institucionalizado bajo mi cuidado, y, después de un tratamiento, recibió el alta por recomendación mía. ¿Comprende ahora? Oficialmente, por haberlo dejado salir, yo soy responsable de que la atacara a usted. Yo firmé un documento que certificaba que, aunque Brunner no estaba emocionalmente bien, en realidad no era peligroso. Y esta tarde me restregaron en la cara ese documento cediendo a la presión de una banda de políticos ignorantes que quieren sacar tajada de este escándalo”.

Julie dijo incrédula, “¿Y usted quiere que yo vaya y les diga que están equivocados? ¿Es eso?”

“Sólo si usted sabe que están equivocados, Mrs Barton. No le estoy pidiendo que jure en falso por mí. Ni siquiera sé qué derecho tengo de estar aquí, y ciertamente no quiero tener más problemas de

los que ya tengo”. Karlweiss miró por encima del hombro de ella hacia la sala, y pasó la cartera de un brazo a otro. “¿Me permite entrar y sentarme mientras hablamos sobre esto? Hay mucho que decir”.

“No”.

“Está bien, entonces lo explicaré aquí, de la manera más breve y pertinente posible. Mrs Barton, yo conozco a Charles Brunner más que nadie en el mundo, incluso más de lo que él se conoce a sí mismo. Y eso es lo que hace más difícil para mí creer que usted identificó al hombre debido”.

Julie dijo, “Yo no quiero oír nada sobre eso. ¿Tendrá la bondad de marcharse?”

“No. No lo haré”, dijo acaloradamente Karlweiss. “Insisto en que me oiga. Mire usted, Mrs Barton, todo lo que hace Brunner sigue un determinado patrón. Cada pequeño crimen que ha cometido se ajusta a ese patrón. Es un patrón de debilidad, una manifestación constante de su incapacidad de alcanzar una virilidad completa.

“Pero el crimen de que ahora lo acusan es el reverso completo de ese patrón. Fue un despliegue de masculinidad bruta por una personalidad agresiva y sádica. Fue el acto de alguien que sólo puede alcanzar una liberación emocional y física a través de la violencia. Ese es el secreto de esa personalidad –la necesidad de violencia. No la lujuria, como decían los victorianos, sino la necesidad de liberación por medio de la violencia. Y esa es una necesidad por completo extraña a Brunner. No existe en él. ¡Él es un enfermo, pero esa no es su enfermedad!

“¿Entiende ahora por qué su identificación de él nos golpeó de

manera dura a mí y a mis compañeros de trabajo en el hospital? Ignoramos demasiadas cosas en nuestro campo científico –soy el primero en admitirlo– pero en algunos casos somos capaces de definir tipos de personalidad con la exactitud de ecuaciones matemáticas. Yo pensaba que habíamos hecho eso de manera exitosa con Brunner. Y lo seguiría pensando, si usted no lo hubiera identificado. Por eso estoy aquí. Quería conocerla. Deseaba saber si no había en absoluto ninguna duda de que Brunner era el hombre, y que usted me lo dijera directamente. Porque si la hay—“

“No la hay”.

“Porque si la hay”, continuó Karlweiss, “yo juraría que Brunner no es culpable. Ese es el asunto. Si hay la sombra de una duda—“

“¡No la hay!”

“¡Julie!”, llamó Tom desde la alcoba. “¿Quién está ahí?”

El pánico se apoderó de ella. Todo lo que pudo ver en ese momento fue a Brunner saliendo de la prisión y dando los primeros pasos en la calle deslumbrado por el sol mientras Tom, frente a él, sacaba lentamente el revólver de su bolsillo. Agarró a Karlweiss por la manga y casi lo arrastró hasta la puerta. “¡Por favor, váyase!” le susurró con vehemencia. “No hay nada de qué hablar. ¡Por favor, váyase!”

Cerró la puerta detrás de él y se recostó contra ella, con las rodillas temblando.

“Julie, ¿quién está ahí?”, volvió a preguntar Tom. “¿Con quién estás hablando?”

Ella se recobró un poco y fue a la alcoba. “Era un vendedor”, dijo.

“Un vendedor de seguros. Le dije que no queríamos ningún seguro”.

“Yo te he dicho que no abras la puerta a extraños”, dijo Tom.

“¿Por qué tienes que hacer lo contrario de lo que yo digo?”

Julie esbozó con esfuerzo una sonrisa. “Era completamente inofensivo”, dijo.

Pero ahora el terror había hecho presa en ella –y crecía. Fue alimentado por muchas cosas. La citación de Dahl que Tom, por seguridad, le había dicho que guardara en su cajón del tocador y que estaba a la vista cada vez que ella lo abría para alcanzarle algo. El círculo rojo alrededor de la fecha del juicio en el calendario de la cocina, al que iban aproximándose las cruces negras que tachaban los días que iban pasando. Y una imagen en su mente que tomaba muchas formas pero que era esencialmente la misma y que concluía de igual manera: Brunner en el frío sótano que era su lugar de reclusión, o Brunner entrando al tribunal, o Brunner bajando las escaleras de la prisión, y siempre, al final, Brunner parado allí, parpadeando estúpidamente, su mano moviéndose alrededor de la boca, y Tom frente a él, sacando lentamente el revólver del bolsillo, el cañón del revólver brillando mientras apuntaba al pecho de Brunner—

La imagen se hizo más vívida cuando el doctor Vaughn trajo las muletas para Tom. Julie las detestó de inmediato. Nunca le había molestado la presión del brazo de Tom sobre sus hombros, su peso apoyado en ella cuando se desplazaba renqueando entre los cuartos, impedido por el yeso. El yeso era un impedimento, sabía ella, que lo amarraba a la casa; él se quejaba y rabiaba continuamente, como si sus protestas pudieran liberarlo. Pero las muletas

eran una real liberación para él. Podían llevarlo donde quiera que estuviera Brunner.

Ella lo observó cuando empezó a practicar con la muletas esa noche, no caminando, sino parándose apoyado en ellas para aprender a mantener el equilibrio, luego le ayudó a sentarse en el sofá, con la pierna enyesada extendida hacia adelante y apoyada en una banqueta.

Él dijo, “Julie, no te imaginas cómo es de exasperante estar todo el día en pijama y en bata. Pero ya no va a durar, ¿eh?”

“No”.

“Eso me recuerda que mañana hay que llevarle mi ropa al tintorero. El tipo es lento, y quisiera que me la tuviera lista para cuando vaya a salir”.

“Muy bien”, dijo Julie. Fue al clóset del vestíbulo y volvió con un montón de ropa que colocó sobre el respaldo de un sillón. Revisaba maquinalmente los bolsillos de un saco cuando Tom dijo, “Ven acá, Julie”.

Él le cogió la mano y ella se quedó parada ante él. “Estás preocupada por algo”, dijo. “¿Qué pasa?”

“Nada”.

“Tú no eres muy buena para mentir. ¿Qué pasa, Julie?”

“Nada, te digo”.

“Está bien, si así lo quieres”. Le soltó la mano y ella regresó a la pila de ropa sobre el sillón, sintiendo que él podía leer sus pensamientos, que él sabía exactamente los temores que abrigaba ahora

que él iba a poder salir, y debía odiarla por eso. Puso el saco a un lado y levantó el chaquetón que él sólo se ponía para manejar. Lo cual significaba, pensó con un leve estremecimiento, que no se lo había puesto desde *esa* noche. Sacó los guantes del bolsillo del chaquetón y arrojó éste encima del saco.

“Estos guantes”, dijo ella mostrándoselos. *Estos guantes*, un eco le devolvió las palabras. *Estos guantes*, sonó otro eco más débilmente detrás de ella, y *estos guantes, estos guantes* continuaron repercutiendo en una serie de ecos cada vez más remotos hasta que sólo hubo un silencio sepulcral.

Y un guante.

Un guante de gamuza gris con el dedo índice perforado y rasgado. Julie sintió el sabor amargo del cuero todavía en su boca. Y vio al dueño de los guantes, un extraño, sentado en el sofá, extendiendo la mano, hablándole a ella.

“Dame eso, Julie”.

Ella lo miró y supo que no había más secretos entre ellos. Vio el sudor corriendo por la frente de él y goteando por el rostro completamente pálido. Vio sus dientes brillar y sus ojos mirar cuando trató de ponerse de pie. Falló, y cayó otra vez sentado, jadeando.

“Escúchame, Julie”, dijo. “Escúchame ahora y contrólate”.

“Tú”, dijo ella como ebria. “Fuiste tú”.

“Julie, iyo te amo!”

“Pero fuiste tú. Es una locura. No entiendo”.

“Yo sé. Porque fue una locura. Eso fue, y me enloquecí por un

minuto. Una sobrecarga de trabajo. Ese negocio. Me estuve matando para conseguirlo, y esa noche, cuando el negocio se dañó, no sé lo que me pasó. Me emborraché, y cuando regresé a casa no pude encontrar la llave. Así que entré por la ventana. Fue entonces cuando sucedió. No sé qué fue, pero fue algo que explotó dentro de mí. Algo en mi cabeza. Te vi allí, y lo que deseaba hacer –ite digo que ni siquiera sé por qué! ¡No me *preguntes* por qué! La sobrecarga de trabajo, eso fue. Le pasa a todo el mundo en estos días. Tú lees ese tipo de cosas todo el tiempo. Sabes que sí. ¡Tienes que ser razonable, Julie!”

Julie susurró, “Si me hubieras dicho que habías sido tú. Si al menos me lo hubieras dicho. Pero no lo hiciste”.

“¡Porque te amo!”

“No, tú sabías cómo me sentía, y volviste todo eso contra mí. Me hiciste decir que era Brunner. Todo lo que has estado haciendo conmigo era para que yo dijera eso una y otra vez, hasta que lo condujera a la muerte. Tú nunca quisiste matarlo, en realidad. Sabías que yo lo haría en tu lugar. ¡Y estaba obligada a hacerlo!”

“Julie, Julie, ¿a quién le importa Brunner? Ya viste cómo es. Es un degenerado. No sirve para nada. El mundo estaría mejor sin individuos como ese por ahí sueltos”.

Ella sacudió la cabeza violentamente. “¡Pero tú sabías que él no lo había hecho! ¿Por qué no dejaste que fuera uno de esos casos en que no se encuentra al culpable?”

“¡Porque no estaba seguro de que no me hubieras reconocido! Todos decían que era el shock lo que te había hecho perder la

memoria. Que si te esforzabas podías recuperarla. Así, si Brunner... es decir, de esa manera todo quedaba resuelto. Tú no tendrías que volver a pensar en ello ni esforzarte por recordar”.

Ella vio que si él se inclinaba hacia delante podría tocarla, y retrocedió, sorprendiéndose a sí misma por tener el valor necesario para hacerlo.

“¿Dónde vas?” dijo Tom. “No seas boba, Julie. Nadie va a creerte. Piensa en todo lo que ha sido dicho y hecho, y verás que nadie *deseará* creerte. ¡Dirán que perdiste el juicio!”

Ella vaciló, luego advirtió con horror que estaba vacilando. “¡Me creerán!” gritó, y corrió ciegamente fuera de la casa, sollozando mientras corría, tropezando cuando llegó a la acera, de manera que cayó sobre sus manos y rodillas. A pesar de una fuerte picazón por la raspadura de las rodillas, se levantó y continuó la marcha tambaleándose por la oscura y vacía calle. Sólo cuando estaba a cierta distancia, el corazón palpitante, las piernas apenas capaces de sostenerla, se detuvo para mirar la casa. Esa casa que ya no era la de ella. Que era sólo la de él.

Él, todos ellos, la habían convertido en una mentirosa y una cómplice. Cada uno de ellos, por sus propias razones, había hecho eso, y ella, por su debilidad, lo había permitido. La suya era una debilidad espantosa, pensó con angustia –la necesidad de que siempre la aprobaran, la voluntad de decirles siempre que sí. Era como ocultarse todo el tiempo detrás de unas gafas oscuras, sin preocuparse de que el mundo que se veía a través de ellas no fuera nunca el mundo que podía verse con los ojos desnudos.

Se dio vuelta y huyó hacia las luces y la gente. Las gafas quedaron en la calle donde las arrojó, y el viento de la noche barrió el polvo a través de la montura destrozada. ♡

(Título original: 'You Can't Be a Little Girl All Your Life'.
Publicado en mayo de 1958 en *Queen's Mystery Magazine*
e incluido en antologías como *The Speciality of the House* -1979).

